

á facilitar al primero 8,000 jinetes y 6,000 infantes suizos. La vanguardia de este ejército, compuesta de 3,000 hombres, penetró al poco tiempo en Francia á las órdenes de Thoré.

En tan crítica situación, ocurrieron dos hechos favorables á la corte, á saber: la muerte del mariscal Montmorency, su mas importante enemigo, y la imprudencia cometida por Thoré de hacer frente con sus escasas fuerzas al ejército de Enrique de Guisa, que contaba 12,000 hombres, el cual le derrotó cerca de Dormans, en octubre de 1575. En esta jornada, el de Guisa conquistó gran fama y el sobrenombre de cari-cortado (*Balafré*), á causa de haberse llevado una bala de mosquete una parte de la mejilla izquierda, cuya herida le dejó para siempre una gran cicatriz.

A pesar de todo, la situación en que se encontraba la corte era difícil: el erario estaba exhausto, y cuando Enrique III se dirigió á la ciudad de Paris, solicitando de ella un empréstito de 200,000 libras, le recordó esta el ejemplo de Roboam que, con sus exacciones, habia hecho que de él se separaran diez tribus. Mientras la capital recordaba al monarca este poco respetuoso ejemplo de la historia sagrada, Condé y Juan Casimiro pasaron la frontera y, despues de devastar la Borgoña, se dirigieron al centro de Francia.

Una nueva desercion introdujo el espanto en la corte. Entre los jóvenes que en ella vivian en medio del lujo, de las prodigalidades, de los caballos y de las damas, habia pasado casi inadvertido durante muchos años Enrique de Navarra; nadie daba importancia á aquel joven apasionado, alegre, disoluto y libertino, que solo se cuidaba de cacerías, banquetes y amoríos. Comparábasele con su padre, el infeliz «rey» Antonio de Navarra, al cual se parecia realmente mas que á su noble y creyente madre. «Goza de poca consideracion y de menos influjo,» decia hablando de él un embajador extranjero (1). Sin embargo, debajo de aquel aspecto frívolo, ocultaba Enrique un claro talento, una gran penetracion práctica, y la engañadora astucia de los gascones. La violencia que se impuso entre los que le rodeaban y le eran hostiles, le amaestró en el arte de disimular y de observar atentamente á los hombres. A ello debió su importancia personal. Enrique III no tenia hijos; el de Alençon era débil y enfermizo; de suerte que estando próxima á extinguirse la casa de los Valois, pues las hembras, por las leyes francesas, no podian reinar, Enrique de Navarra, como único representante de la línea afín de la casa real, se iba aproximando cada vez mas al trono. Por esto debia proceder con la mayor prudencia para no atraerse, él que habia sido hereje, el odio de los católicos fanáticos que todo lo podian durante el reinado de Enrique III. Su plan, conducido con suma circunspeccion, fué coronado por el éxito mas completo, y nadie conoció sus grandes y por tanto peligrosas cualidades. Un hombre tan infeliz como Enrique III creyó poder despreciarle como á un loco é inofensivo camarada. El duque Enrique de Guisa, el temido *Balafré*, trabó con él una amistad íntima é interesada, considerándole como un niño bondadoso y frívolo que por su categoría y su nombre podria con el tiempo servirle de excelente instrumento.

Pero el de Navarra engañó á todos. A pretexto de una cacería, desapareció de la corte en 3 de enero de 1576; dirigióse á Alençon y luego á Tours, donde abrazó de nuevo el protestantismo, y reunió un ejército, cada dia mas numeroso, de adeptos. Sin embargo, él solo de nombre tenia la direccion de los hugonotes, pues esta en realidad estaba confiada al joven Enrique de Condé. El rey de Navarra no manifestaba gran ardor en pro de su religion; como militar no valia tampoco mucho, pues seguia ocupándose mas en

(1) Segismundo Cavalli, pág. 320 (1571).

placeres y amoríos que en empresas guerreras. Condé, por el contrario, tenia gran celo religioso y era hábil y atrevido. Alençon, Condé y el de Navarra fueron bastante prudentes para reunir sus ejércitos; los tres príncipes disponian de mas de 30,000 hombres con los cuales marcharon sobre Paris para tomar, segun ellos mismos decian, venganza de los horrores de la Noche de San Bartolomé.

Las fuerzas militares de Enrique III no eran suficientes para resistir con éxito á los ejércitos unidos de los políticos y de los hugonotes; y en situación tan crítica, Enrique cedió la direccion del gobierno á su madre, la cual apeló á su antiguo procedimiento de procurar atraerse á los caudillos enemigos por medio de promesas personales de toda clase, de las cuales cada cual podia tomar lo que le pareciera. Gracias á este sistema, y despues de cortas negociaciones, firmóse en mayo de 1576, en Beaulieu, un tratado de paz en virtud del cual, Alençon, además de una pension de 100,000 florines de oro, recibió el gobierno de Anjou, Turena y Evreux, con derechos de soberano, y desde entonces fué conocido con el nombre de duque de Anjou. Condé obtuvo el gobierno de Picardía y un lugar de seguridad, y sus mercenarios alemanes fueron licenciados por el rey, mediante la entrega de tres millones y medio, es decir, que por su levantamiento contra el monarca fueron recompensados por el monarca mismo. Mas vergonzosa todavia fué para este la declaracion solemne que tuvo que hacer de no haber tomado parte en los sucesos de la Noche de San Bartolomé, así como la rehabilitacion de la memoria de todos los hugonotes asesinados durante y despues de aquella noche. Los *políticos* y protestantes aliados recibieron, además de Montauban, Nimes y la Rochela, otras seis plazas de seguridad. Se estableció el libre ejercicio del culto protestante en todo el reino menos en la ciudad de Paris y en sus mas inmediatos alrededores. Consintieron los actos religiosos públicos de los protestantes y se declaró á estos aptos para todos los cargos. Mas importante fué todavia la concesion de que en todos los parlamentos en que hubiera de decidirse sobre puntos de derecho que afectasen á los reformados, se nombraria una Cámara mixta, compuesta de igual número de católicos y protestantes, que se denominó *Chambre-mi-partie*.

Esta paz, firmada cuatro años despues de la noche de San Bartolomé, fué el triunfo mas glorioso de los *políticos* y especialmente de los hugonotes. Estos últimos no habian conseguido todavia todas las inmunidades jurídicas, pero consideraban segura su victoria y ya se hablaba de la convocacion de un concilio nacional para la reforma del clero.

A pesar de todo, en el fondo, nunca habian sido tan débiles como entonces los hugonotes; pues además del odio que les profesaban Catalina y Enrique III, habian producido con su triunfo un descontento general en el pueblo, y atraídose una oposicion que en nada desmerecia de ellos en punto á firmeza de convicciones, á decision y á fanatismo religioso, y que les sobrepujaba en poder y fuerza. El clero de la catedral de Nuestra Señora de Paris se atrevió á negarse, con aprobacion de la poblacion entera, á cantar el *Te Deum* ordenado por el rey en celebracion de la paz firmada. Enrique III amenazó, pero no castigó. Muchas ciudades importantes, como Tolosa, Ruan y Orleans, donde tan considerable habia sido el número de los hugonotes, no quisieron consentir la permanencia en ellas de pastores protestantes; oposicion que redujo al protestantismo francés á una situación cada vez mas desventajosa, y hubiera conseguido dominarlo mas rápidamente y de un modo mas decisivo, si los hugonotes no hubieran contado con el apoyo de una gran parte de las clases elevadas de la nacion.

Pero ¡cuán peligroso era para la vida íntima, y por tanto

para la verdadera fuerza del protestantismo francés el hecho de que hasta sus principales adeptos, nobles y autoridades cívicas, al mismo tiempo que tenaces é independientes fueran ambiciosos y estuviesen inspirados, no por la firmeza en sus doctrinas ni por la idea de la conservacion y consolidacion de sus creencias, sino por los intereses políticos y los triunfos militares! De aquí resultó que los hugonotes no formaron una comunión religiosa, sino un partido político, hostil á la mayoría del pueblo y á la unidad del Estado, y en el cual predominaban ideas mundanas, disidencias egoistas y miras personales. Los caudillos de elevada alcurnia vieron pronto en el protestantismo solo una cómoda base y un arma poderosa para satisfacer su orgullo y su codicia. Esta desmoralizacion que se habia apoderado del calvinismo francés le condenó irremisiblemente á la decadencia y á la ruina. Una parte, desgraciadamente pequeña, de los hugonotes lo comprendia perfectamente: á estos se les llamaba *consistoriales* (1), porque opinaban que la principal mision de los protestantes franceses estaba en los consistorios religiosos, y no en las asambleas seculares que se ocupaban en asuntos de política, de impuestos y de organizaciones militares. Nada les importaba la situación política; lo que les interesaba era la causa del Evangelio y el desenvolvimiento de la vida religiosa. De aquí que, mientras duraron las luchas, se apartaran cada vez mas de los políticos y de los generales.

Los católicos habian aprendido mucho de sus adversarios, llegando á comprender que la union constituye la fuerza. El hasta entonces gobernador de Picardía, Jacobo de Humieres, tenaz y fanático católico, se negó á entregar, conforme disponia la paz de Beaulieu, su provincia al hereje Condé, formándose con este pretexto y en su defensa la «Liga de los buenos católicos» (1576) que fué en aumento con las alianzas anteriormente contraídas por los católicos de algunas provincias y con los ejemplos que los mismos hugonotes les habian dado. Esta Liga protestaba de su fidelidad al rey, se obligaba á defender las inmunidades de los Estados generales y de la religion, se nombraba sus gobernadores, y se comprometia á elegir un jefe supremo con poderes ilimitados. En ella vemos, pues, unidos, como entre los hugonotes, el espíritu republicano democrático y las tendencias religiosas. El espíritu democrático habia hecho entonces grandes progresos en Francia. Los «Proverbios» de Juan Lebon, que aparecieron en 1571, abundaban en sentencias como estas: «Hay demasiados castillos en Francia, y muchos mas pobres que castillos;» «Los grandes quieren á los pequeños solo como criados,» y otras que atentaban directamente contra la monarquía (2). De esta suerte los de la Liga renegaban de su lealtad monárquica. La Liga y sus fines debian ser defendidos contra todos, incluso contra el mismo rey, si era preciso. Véase cómo las guerras religiosas vulneraron y debilitaron la idea monárquica.

Para la jefatura de esta Liga se pensaba naturalmente en Enrique de Guisa, á quien recomendaban para ello, primero su origen y luego sus innegables condiciones personales, tales como su elevada estatura, sus rubios y rizados cabellos, los nobles rasgos de su fisonomía y sus maneras distinguidas. Sin embargo, el de Guisa era un egoista ambicioso, mas hábil que atrevido, mas inquieto y codicioso que firme y consecuente, astuto, sin fines nobles y sin ideal alguno.

El rey, que reconocia cuán peligrosa era una Liga dirigida por tal caudillo, procuró utilizarla en provecho propio,

(1) Stähelin, *El ingreso de Enrique IV en la Iglesia romana* (Basilea 1856), pág. 162.

(2) Champfleury, *Historia de la caricatura durante la Reforma y la Liga*, pág. 35.

declarándose su jefe por medio de hábiles manejos y con gran descontento del de Guisa y de los católicos fanáticos, y haciendo entrar en ella á todos sus cortesanos y altos funcionarios. Hubiera sido una locura echarle en cara este acto, pues, en su débil situación, era lo mejor que podia hacer, además de que tambien sentia entonces gran indignacion hácia los hugonotes.



Enrique III de Francia (Cuadro de Clouet, 1570)

La opinion católica pura, cuya encarnacion era la Liga, proporcionó en los Estados generales que el gobierno habia convocado en Blois, en diciembre de 1576, una completa victoria al partido clerical. ¡Cuánta diferencia de estos á los Estados generales que diez y seis años antes se habian reunido en Orleans! Entonces la nobleza y la clase media habian exigido unánimes la reforma de la Iglesia; á la sazón los hugonotes y *políticos* reunidos no constituian aun entre la misma nobleza mas que una minoría. La guerra civil habia acabado con el gran partido de transicion, sin favorecer en nada á las nuevas doctrinas. Al pasar los reformados del estado de secta oprimida al de religion libre y políticamente independiente, habian desafiado y fortalecido la conciencia de los católicos, condenándose ellos mismos al ingrato papel de una oposicion contra la mayoría del país.

Cuando se abrieron las sesiones de los Estados, el rey se mostró oficialmente pacífico y no podia hacer otra cosa, dado el tratado que se habia firmado hacia poco; pero en secreto procuraron él y su madre obtener una declaracion desfavorable á los hugonotes, lo cual no era difícil de conseguir teniendo en cuenta la opinion predominante en los Estados. Estos declararon ya, en 15 de diciembre, que solo debia tolerarse una religion en el reino. La corte, que estaba completamente de acuerdo con esta opinion, tomando por pretexto el acuerdo de la asamblea, declaró nulas las prome-

sas hechas á los hugonotes y comenzó á prepararse. Sin embargo, los Estados no estaban dispuestos á ir tan allá. La consideracion de que los protestantes se hallaban entonces tan aperecidos como antes á una defensa armada, hizo que solo se tomaran algunas confusas é indeterminadas resoluciones contra el calvinismo.

Al propio tiempo que la influencia del espíritu religioso, dejábase sentir en los Estados la del espíritu democrático, pues creían que sus acuerdos tenian fuerza de ley, aun sin la sancion del monarca. El clero y la nobleza dieron por sentado que la corona renunciaba solemnemente á enviar á las provincias comisarios ó intendentes extraordinarios revestidos de poderes dictatoriales (1). Los Estados no aprobaron tampoco los impuestos fijados por el rey; y en tales circunstancias, creyó el gobierno que lo mejor era disolverlos.

Las esperanzas que en ellos habian puesto los hugonotes se volvieron en contra suya, pero en cambio su reunion les habia proporcionado una ventaja, pues la impotencia y la conducta anti-monárquica del partido católico en el seno de la asamblea de Blois, disminuyeron grandemente la predileccion que el rey y Catalina habian mostrado hácia la faccion fanática y les inspiraron ideas mas moderadas. Sus mejores generales, Montpensier, Cossé y Biron estaban de acuerdo con ellos, y la corona se encontró á punto de volver á la política que con tanto éxito habia seguido en otro tiempo y de la cual no hubiera debido separarse, cual era la política neutral, el sistema moderador entre los dos opuestos bandos. ¿Era esto posible? ¿No habian ido las cosas demasiado allá para volver nuevamente atrás?

Inmediatamente despues de la declaracion de los Estados generales estalló la sexta guerra de religion que los hugonotes dirigieron con negligencia y el rey con repugnancia, y durante la cual se vió claramente cuánto habia decaído el protestantismo en los últimos años. En el Norte, habia desaparecido completamente, y la resistencia armada se hacia solo en Guyena, Gascuña, Poitou y Languedoc. Los regimientos protestantes estaban indisciplinados y sus caudillos, especialmente el jóven Condé, oyeron amargas verdades de boca de sus pastores y de los *consistoriales*. Además, entre los *políticos* y los hugonotes, aparentemente unidos, surgieron disidencias cada vez mas marcadas, debiendo por fin los últimos tomar á su servicio soldados católicos que apenas les obedecian y que á la mejor ocasion desertaban de sus filas (2).

Enrique III estaba disgustado de la guerra y queria principalmente halagar á los hugonotes para hacerlos servir de contrapeso á la Liga, que cada día se mostraba mas hostil al monarca. Además veíase amenazado por una falta absoluta de dinero y temia que Juan Casimiro, infatigable en las lucrativas expediciones de rapiña que llevaba á cabo en Francia, intentase una nueva invasion. Los desunidos y debilitados protestantes tuvieron que consentir en que se consignaran algunas limitaciones en los artículos de Poitiers y Bergerac (setiembre de 1577). El ejercicio del culto reformado continuó permitiéndose en todas las ciudades en que hasta entonces se habia tolerado, pero solo podia haber una ciudad de estas en cada bailiato. Fuera de esto, se ratificaron todos los artículos del tratado de Beaulieu, concediéndose

(1) G. Hanotaux, *Los primeros intendentes de justicia*, *Revista histórica*, XIX (1882), 19.

(2) Un testimonio, no sospechoso ciertamente, de esta confusion que reinaba entre los hugonotes, es el autor de la *Historia universal*, Agrippa d'Aubigné, celoso calvinista (Maille 1616-1620): tomo II, libro III, cap. 8, pág. 273 y cap. 12, pág. 284.

nuevas plazas de seguridad á los hugonotes, cuyas fortificaciones y guarniciones corrieron á cargo del rey.

Preciso es convenir en que la paz fué hábilmente conducida y en que todos los elementos moderados de ambos partidos se encontraron con ella satisfechos: los protestantes, porque les aseguraba su ulterior existencia, y los católicos porque introducía aquellas limitaciones y porque protegía al Reino contra una invasion completa del protestantismo.

Desgraciadamente no era Enrique III el hombre que podia sacar los esperados frutos de la ventajosa situacion en que le habia colocado el tratado de paz. Él y sus favoritos, los *mignons*, llevaron una vida tan disipada, que les atrajo el general desprecio. En medio de la miseria en que se encontraba su reino, gastaba anualmente para sus diversiones personales un millon de florines de oro, ó sean 140 millones de reales, de los cuales no daba cuenta á nadie. Igual suma disipaba con sus favoritos. De aquí que los soldados y empleados no recibiesen sus pagas, y que se suspendieran sin consideracion los pagos á los acreedores del Estado. La escasez de dinero era tan grande, que se obligó á muchos ciudadanos á comprar títulos de nobleza, sin cuidarse de la eleccion de los favorecidos, pues en otros un conocido tratante en ganado, Ricardo Grain d'Orge, se vió obligado, en 1577, á ingresar en la aristocracia teniendo que pagar por ellos la cantidad de 1,000 florines de oro (3). La administracion habia llegado al colmo del desorden y de la venalidad (4); Enrique se veía despreciado por sus mas allegados, y su madre rompió completamente con él; su hermano, Francisco de Anjou, dirigido por el desterrado Bussy d'Amboise, se levantó en nombre de los intereses violados, contra la dominacion de los *mignons*, y con él y especialmente contra los Valois se alzó el temible poder de la casa de los Guisas, protegida por los católicos fanáticos y por los mismos de la Liga.

El favor que, en los edictos de Poitiers y Bergerac, habia otorgado el rey á los hugonotes habia indignado en extremo á los fanáticos, que no querian oír hablar mas de los Valois y deseaban poner en su lugar á los Guisas, fundándose en que la subida al trono de los Capetos (acaecida 600 años antes) era una usurpacion, pues la corona de Francia correspondia entonces á la casa de Lorena que, por parte de madre, descendía de Carlomagno. Entabláronse negociaciones con el Papa respecto de este punto, y en los pulpitos resonaron acusaciones contra el rey. Felipe II apoyaba este movimiento y prometía su auxilio á los descontentos. El odio de la nobleza católica contra los *mignons* se manifestó en repetidos desafíos con estos y en misteriosos asesinatos que el mismo rey no se atrevió á vengar. Además de esto, existía la agitacion sorda producida por las doctrinas y por los esfuerzos democráticos, todo lo cual pronosticaba á la monarquía y á la nacion en general un triste y peligroso porvenir.

Entre tanto, en las provincias, el tratado de paz de Bergerac, que el fanático Beza calificó, en Ginebra, de insuficiente, no era observado por ninguno de los dos partidos: cada uno de ellos conservó las plazas que poseía y desde ellas hacia una guerra pequeña y sin gloria, pero devastadora, en la cual se distinguió en primera fila, por sus atrevidos y decisivos planes, Enrique de Navarra. Lo que mejor prueba el carácter de este caudillo y el de la época sobre todo, es el hecho de presentarse Catalina, acompañada de su desmoralizada hija Margarita, esposa de Enrique, y de un gran número de venales y afeminados diplomáticos, en el campamento del de Navarra para atraerle á un tratado de paz. Negociaciones, sorpresas, amoríos y escaramuzas, todo se

(3) Ch. de Louandre, *La nobleza francesa* (Paris 1880), pág. 41.

(4) *Relacion de Lorenzo Prullí* (1582), Alberi, I, IV, 411.

empleó hasta conseguir el tratado de Nerac (febrero de 1579), en virtud del cual se suspendieron por algunos meses las hostilidades. ¿Qué se habian hecho la fe religiosa que los protestantes habian llevado hasta el heroísmo y la austeridad de costumbres, sombría sí, pero honrosa, con que los hugonotes habian luchado hasta morir en pro de sus creencias? La frivolidad propia de los franceses meridionales se habia apoderado del partido protestante y habia aniquilado los privilegios morales de que gozaba. En Francia, antes que en ningun otro país de Europa, los principios religiosos sirvieron de pretexto para el desenvolvimiento de ambiciones personales ó políticas. Y sino, ¿era por ventura un jefe propio para el ejército de Calvino aquel Enrique de Navarra que despues de los combates afortunados abandonaba el campo de batalla para recoger el premio de su victoria en los brazos de una de sus innumerables queridas? Aun prescindiendo de estos placeres y disipaciones, como general dejaba tambien mucho que desear. Los soldados protestantes seguian el ejemplo de su jefe; la indiferencia religiosa, los excesos y la rapiña habian tomado entre ellos tal incremento, que sus pastores declaraban que preferian ver encendidas de nuevo las hogueras, á ver continuar lucha tan inmoral (1).

Los protestantes hubieran sido totalmente vencidos si el rey, por miedo de dar demasiada fuerza á la Liga, no hubiese impedido que su ejército volviera á romper desde luego las hostilidades. Además, algunos sucesos de política exterior hicieron necesaria la paz para los intereses del Reino.

En efecto, el poder de España, que por espacio de diez años se habia debilitado á causa de la lucha de la independencia de los Países Bajos, habia recobrado su antiguo esplendor, y este era el momento crítico para Francia si no queria verse supeditada y sojuzgada por su antiguo adversario. Si lo consideramos atentamente, veremos que el protestantismo francés, cada vez mas débil en la lucha, debió su salvacion á la política exterior; pues siempre habia preponderado el principio de que los intereses políticos de la monarquía francesa estaban por completo rehidos con los de aquella potencia que se presentaba ante todo el mundo como adalid y defensora del catolicismo.

CAPITULO VIII.

ESPAÑA Y EL CATOLICISMO EN LA OFENSIVA

Uniones de Arras y de Utrecht. — Anjou en los Países Bajos. — Portugal en 1580. — Conquista de Portugal por Felipe II. — Traicion y derrota de Anjou. — Asesinato del de Orange. — Oposicion contra Enrique III de Francia. — Muerte de Anjou. — Levantamiento de la Liga. — Alianza entre hugonotes y políticos. — Sitio de Amberes. — Leicester en los Países Bajos. — Planes de Felipe II contra Inglaterra. — Proceso y ejecucion de María Estuardo. — Los Guisas contra Enrique de Navarra. — Enrique de Guisa en Paris. — La armada «Invencible». — Las barricadas en Paris. — Preparativos de Inglaterra. — Destruccion de la armada «Invencible».

Quando D. Juan de Austria, lastimado por la desconfianza y la ingratitud de su real hermano, falleció prematuramente, habia tenido ya á su lado al que habia de sucederle, es decir, á su sobrino Alejandro Farnesio, hijo de la ex-regente Margarita. Alejandro Farnesio habia nacido treinta y tres años antes en medio del fragor de las armas, y recibido una educacion esencialmente militar, pues su padre, Octavio, era uno de los principales generales de Carlos V. Desde su juventud, los sentimientos que en él predominaron fueron lealtad á la casa de Austria y celo en pro del catolicismo. Alejandro, biznieto del papa Paulo III, habia mostrado un

(1) Enrique de Navarra á Beza, noviembre de 1580, *Cartas misivas de Enrique IV*, tomo I, 330.

valor temerario en la batalla de Lepanto, donde habia combatido á las órdenes de su tío, de la misma edad que él, don Juan de Austria. Su inusitado valor habia logrado que la batalla de Sembloux fuese una tremenda derrota para las tropas flamencas. Su fisonomía inteligente, aunque ruda y sombría, y la robustez y esbeltez de su figura, no muy alta, denunciaban en él al guerrero experto y emprendedor. Pero no era únicamente un valiente militar, sino que en dotes de mando y en habilidad diplomáticas aventajaba á su tío, don Juan, pues no tenia el egoísmo ni la extravagante imaginacion de este, sino que cumplía su deber sin segundas intenciones, y alcanzaba los fines que se proponia conseguir procediendo con prudente astucia y energía inflexible. Sus planes eran prudentes y meditados y sabia obrar en el momento oportuno con gran presencia de espíritu y poderosa actividad. Dotado de estas cualidades era, en su época, uno de los primeros hombres de Estado, el mejor de los generales y el mas terrible y peligroso enemigo de las libertades de los Países Bajos. Él fué quien restableció las cosas de aquel país en el ser y estado que tenian durante los grandes y mejores tiempos de la dominacion española.

La situacion en que se encontró en un principio no le era desfavorable: el conde palatino, Juan Casimiro, y el duque de Anjou, que se vieron sin influencia alguna y sin dinero para pagar sus tropas, abandonaron aquellos territorios. Las provincias walonas y los magnates estaban indignados por el fanático espíritu calvinista y demagógico que predominaba en las ciudades de Flandes, especialmente en Gante. En ninguna parte se respetaba la pacificacion, pues en el Sur se perseguía á los protestantes y en Flandes á los católicos. Con habilidad suma, supo Farnesio aprovechar esta tirantez para desviar de la causa de los Estados generales y para atraer á la del rey, por medio del soborno y de la concesion de honores, á los hombres mas influyentes de las provincias walonas. Las poblaciones, indignadas contra los flamencos que profesaban distintas creencias de las suyas, se dejaron conducir de buen grado, mostrándose tambien allí la profunda oposicion entre las creencias protestantes de los germanos y las católicas de los romanos. La resistencia armada del partido orangista de Arras fué vencida por la fuerza y castigada con muchas ejecuciones capitales; y en 6 de enero de 1579, las provincias de Artois, Hainaut y la Flandes francesa formaron una liga para la defensa de las creencias católicas: las de Luxemburgo y Namur habian sido ya dominadas por don Juan. En cambio, tres semanas despues, es decir en 29 de enero, las provincias de Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrecht y las comarcas frisonas formaron la Union de Utrecht, como alianza perpetua para defenderse en comun contra España y contra cualquier otra potencia, y para mantener la completa libertad religiosa. Esto vino á ser la carta de fundacion de la república de las provincias unidas de los Países Bajos: en ella se encuentran ya los fundamentos de una constitucion federal (2), pues no podia acordarse ninguna guerra, firmarse ningun tratado de paz ni decretarse contribucion alguna sin el consentimiento de los representantes de todas las provincias. Otras cuestiones de menor importancia necesitaban solo el acuerdo de la mayoría: la asamblea federal debia reunirse en Utrecht. Overisel y Groninga se adhirieron mas tarde á esta Liga. Como Guillermo de Orange estaba todavía al servicio de los Estados generales, fué elegido general de la Union su hermano, el conde Juan de Nassau; recaudáronse impuestos y se armaron tropas, de suerte que bien

(2) Los detalles acerca de la formacion de la Union se encuentran en la obra de Müller, *Geschiedenis der Regeering in der Nader geunierde Provincien tot aan te Konst van Leicester* (Leyda 1867).